

Amalia. Con todos generalmente, hora vengan de parte de Dios, hora de las criaturas; de nuestros amigos ó enemigos; de nuestros iguales é inferiores, ó de nuestros superiores; hora, en fin, acometan á nuestro cuerpo, ó á nuestra alma; á nuestros bienes ó á nuestra honra.

Marcela. Sin duda, es muy grande y de una vasta extensión esta virtud.

Amalia. Verdad es; pero ¿de cuanta gloria no será coronada, siempre que no llegue á bastardear, perseverare hasta el fin?

Ursula. Yo por mí, nada tengo ya que replicar; quedándome únicamente el sonrojo [de haberme explicado en tales términos, y de haberme conducido así.

Amalia. Razón tienes para avergonzarte; bien que yo espero, no te quedes solo en eso.

Marcela. Cabalmente este es todo el objeto de nuestros deseos.

Ursula. Pues pedidle á Dios, que se digno de bendecirlos.



CONVERSACION XXXIX

SOBRE EL ESPIRITU DE MORTIFICACION.

Agapa. Dínos, te ruego, ¿en que consiste, que, siendo la Mortificación tan común en el mundo; con todo *el espíritu de Mortificación* sea tan raro en él?

Cunegunda. Y ¿por qué, decidme á mí vosotras, habiendo en el mundo tantas personas humilladas, hay tan pocas que sean humildes?

Flavia. A tí te corresponde declararnos uno y otro.

Cunegunda. No es difícil de encontrar la razón de ambas cosas.

Agapa. Sí, para una persona instruida como tú.

Cunegunda. Vedlo bien claro: porque nunca, por lo regular, se reciben voluntariamente las mortificaciones y las humillaciones: casi siempre está á disgusto y pesar nuestro; y así, sucede el estar mortificadas y humilladas, sin tener por eso el espíritu de mortificación ni el espíritu de humildad.

Flavia. ¿Con que es menester abrazarlas voluntariamente, para tener estas dos virtudes?

Cunegunda. No lo dudéis; de otra suerte es pade-

cer y sufrir como los demonios, sin virtud ni mérito alguno en ello.

Agapa. Según eso, es muchísimo lo que se pierde en este caso.

Cunegunda. Es tan grande esta pérdida, que no hay humano entendimiento que sea capaz de comprenderla.

Flavia. Pues á mí me parece, que sí la comprendo: ¿no es que se pierden otros tantos grados de gracia y de gloria?

Cunegunda. Tú dices muy bien en eso de *me parece*: pues para comprender esta pérdida en toda su extensión, era necesario saber el precio de cada grado de gracia y gloria; y juntar luego todos estos grados: lo cual compone una pérdida que es infinita; y por consiguiente, incomprendible al entendimiento humano.

Agapa. Yo por mí, me atengo á eso que tú dices; y lo que entiendo solamente es, que esta pérdida sobrepaja á todo cuanto se pueda decir, y aun pensar; puesto que el menor grado de gracia vale más que todos los tesoros del mundo juntos.

Cunegunda. Lo piensas con muchísima razón así; y te explicas aún mucho mejor.

Flavia. Pues ya que ésta pérdida es incomprendible, por lo menos, enséñanos á evitarla.

Cunegunda. Ante todas cosas os habéis de persuadir á que como la virtud reside principalmente en la voluntad; no hay ni puede haber virtud en lo que

padecemos involuntariamente, y sin aceptación de parte de la voluntad.

Agapa. ¿Qué? ¿La voluntad por sí sola, no es capaz de hacer esta aceptación?

Cunegunda. No os digo yo lo contrario, no: lo que sé es, que para todas las cosas concernientes á nuestra salvación, necesitamos de la gracia de Dios; y también sé, que con esta misma gracia todo lo podemos.

Flavia. Comienza, pues, si gustas, á hablar directamente sobre el asunto propuesto; y dínos, ¿qué es lo que entiendes por espíritu de mortificación?

Cunegunda. Así como hay diferencia entre la humildad, el hábito de humildad, y el espíritu de humildad; así también la hay entre la mortificación, el hábito de mortificación; y el espíritu de mortificación.

Agapa. Jamás se nos ha hablado á nosotras de esta diferencia.

Cunegunda. Sin embargo, es real y efectiva.

Flavia. Haznos el favor de demostrárnosla.

Cunegunda. La humildad consiste en hacer alguna acción que sea á propósito para humillarse: el hábito de humildad en hacer estos actos en todo trance y en toda ocasión; y el espíritu de humildad no es otra cosa que complacerse en la humillación; amar y buscar el abatimiento en todas las cosas; y tener por blanco principal en todo cuanto hiciéremos, dijéremos ó deseáremos, el humillarnos y envilecernos.

Agapa. Esta diferencia es ciertamente de bulto.

Cunegunda. Igual diferencia se halla también en la mortificación.

Flavia. Aunque sobre poco más ó menos, la alcanzamos ya: con todo, nos serviría de satisfacción el oirla de tu boca.

Cunegunda. Os obedeceré gustosa, y repetiré lo mismo que acabo de decir, mudando únicamente los términos. Mortificación es hacer algún acto con intención de mortificarse: el hábito de mortificación es repetir estos mismos actos en cualquier lance y en cualquier coyuntura: y el espíritu de mortificación es complacerse en la mortificación misma; amarla y buscarla en todas las cosas; tener por blanco principal en todo lo que hiciéremos, dijéremos ó deseáremos, el mortificarnos siempre.

Agapa. Según eso, nadie habrá que tenga este espíritu; porque nadie hay que se complazca en la mortificación.

Cunegunda. Eso de nadie, ya es demasiado decir; y consiste en que tú no conoces á todo el mundo.

Flavia. Cuando nosotras decimos que *nadie*, lo entendemos precisamente de aquellas personas con quienes tratamos.

Cunegunda. A lo menos no podréis negar que Jesucristo tuvo este espíritu en un grado muy sublime.

Agapa. No, no por cierto: ¿quién había de negar una cosa como esa?

Cunegunda. Observadle desde el primer momento

de su vida hasta el instante mismo de su muerte; y no advertiréis en este señor otra cosa.

Flavia. Pero Jesucristo era Dios, y nosotras no tenemos ni su fortaleza, ni su santidad.

Cunegunda. Ya me hago cargo; más también tenéis el honor de ser miembros suyos; y así, debéis vivir de su espíritu, conformándoos con él en todo, so pena de renunciar á esta cualidad tan excelente.

Agapa. No decimos esto, porque pretendamos renunciarla; sino porque todavía no somos Santas.

Cunegunda. Sóis cristianas; y eso basta.

Flavia. Más este espíritu es sumamente opuesto á los sentimientos é inclinaciones naturales.

Cunegunda. Pues á eso os digo yo, que es muy conforme á los sentimientos é inspiraciones de la gracia.

Agapa. Mucha gracia y mucho amor de Dios será necesario para eso.

Cunegunda. Convengo en ello; pero á este espíritu son llamados todos los cristianos por aquellas palabras del Apóstol (1): “despojáos del hombre viejo, y revestíos del nuevo.”

Flavia. ¿Es ese el sentido genuino de estas palabras?

Cunegunda. Sí, á este espíritu de Mortificación intenta elevarnos el Apóstol por medio de las palabras referidas, después que nos hallamos despojado enteramente de la culpa, y revestídonos de inocencia.

(1) Coloss. 3. 9. 10.

Agapa. Haznos, si gustas, el retrato de una persona que posee el espíritu de Mortificación.

Cunegunda. Viene á ser una persona que no busca con anhelo ninguna satisfacción, por amor de la satisfacción misma: es una persona, que no toma satisfacción ninguna, aun cuando ella sea necesaria, sino con dolor y pesar suyo: es una persona que se complace en las mortificaciones, así como las gentes mundanas se complacen en sus gozos y alegrías.

Flavia. Quisiéramos ahora que nos hiciéses ver á esta misma persona en toda su conducta; en sus comidas, en el sueño, en sus recreaciones, en el modo de vestir, en los muebles de su casa, en sus enfermedades; en sus dolencias, en sus contratiempos, en sus pérdidas, en sus contradicciones, en sus humillaciones, en sus prosperidades; en sus conversaciones, en medio de las hablillas y rumores; en medio de las murmuraciones, de las calumnias, de las envidias, de las emulaciones, de los menosprecios, de las irrisiones y burlas.

Cunegunda. Como os toméis el trabajo de examinar atentamente á los pies de Jesucristo la pintura que os voy haciendo, allí encontraréis todo cuanto pudiérais desear; y las luces que recibiereis de Jesucristo, os harán comprender mejor lo que yo no pudiera deciros.

Agapa. Nos conformamos con que nos remitas allá; porque en estas materias, el espíritu de Dios enseña mucho más que cuantos discursos hay.

Cunegunda. Con hablar de esa manera, me edificáis mucho:

Flavia. Lo que nosotras entendemos, después de haberte oído á tí, es; que estamos sumamente distantes de este espíritu de Mortificación; y casi desesperamos de poder llegar nunca á él.

Cunegunda. Eso no; porque lo que es imposible al hombre, para Dios no solamente es posible, sino también muy fácil; así, no hay que desesperar: confiad en su bondad infinita, y trabajad sobre esto fiel y humildemente: Dios sabe hacer de las piedras hijos, de Abrahán (1); esto es, volver dóciles á su Divina gracia los corazones más duros: si trabajaréis en esto sin desmayar, con el socorro de la gracia adelantaráis infinito.

Agapa. Aguardando estamos esta misma gracia, y suspiramos en pos de ella, para adelantar mucho en este camino.

Cunegunda. Buen ánimo; pues el término de este camino es la vida eterna, en donde gozaréis de unos placeres puros, y sin mezcla alguna de mortificación.



(1) Matth. 3. 9., & Luc. 3. 8.